

# LARRA Y PARDO

Por SEBASTIAN SALAZAR BONDY  
(Para LA PRENSA)

"Nuestro deseo sería que cada cual, que cada crítico, que cada publicista, en vez de atenerse a un patrón marcado y sancionado, fuese por sí mismo a comprobar si lo que en las cátedras y en los libros académicos se dice que hay en tal autor, en tal obra, existe realmente, o no existe".—AZORIN.

Amanecía el Perú a la vida independiente cuando la pluma de Pardo y Aliaga se encendía para señalar nuestros defectos y nuestros vicios, para descubrir, tras de lo que aparentemente era nuestra flamante democracia, el germen de la anarquía que nos profetizara el Libertador, antes de partir. Si aristócrata resentido contra la inquina antiespañola que flotaba en el ambiente, no faltan en sus páginas sinceridad y honradez dentro de un hábito que hace recordar el mensaje de Mariano José de Larra.

Larra vive en una España ruïnosa y senil. Su voz tiene la amargura del que ve desaparecer, ahijo de rebeldía e impotencia, las viejas virtudes de la raza en manos de políticos venales y gentes sin fe. El boato exterior oculta un cuerpo inevitablemente enfermo y endebila. "¿Dónde está España?", exclamará angustiado. Larra se enfrenta a una nación senescente, Pardo se halla ante una república que nace. Ambas tienen vicios idénticos. ¿Por qué no encontrar, entonces, en ambos escritores una misma actitud? Nos bastará para ello, repasar algún artículo de nuestro costumbris-

mañana en cuestión era como muchos de vosotros, que en medio de las más complicadas crisis revolucionarias, sabéis manteneros en un equilibrio portentoso, que siempre os lleva sanos y salvos a puerto de salvamento". No se puede negar que se hallan aquí, bosquejados, los políticos de "El Ministerial" y los empleadillos de "Entre que gentes estamos" del maestro Larra.

"Educado fuera de España, —dirá Azorin del escritor Madrileño proclamándolo maestro de su generación— siente violentamente el choque con las cosas de España". Lo mismo podemos repetir de Pardo que frecuentó la Academia del Mirto y que junto con Espronceda recibió las lecciones de Lista. Reconoce los vicios nacionales y los apunta con una sonrisa escéptica que no es la del malquistado sino la del que observa el peligro que entraña nuestro alarde liberal con sus secuales adárguicas. Porque ha vivido fuera, porque ha sido educado en otro ambiente, Pardo puede descubrir con facilidad las dolencias que afligen al país.

"Si eres clérigo, —apunta con gracia— tu amigo clérigo te deseara todo menos la canongía vacante. Si sois ambos literatos, una obra tuya apalldida sera para él un tósigo que le devorará las entrañas. Si eres rico, ningún encargo tuyo desempeñará con más gusto que el de tu albacea. Y tómese en conjunto a toda nuestra raza masculina. Nos

do es el primero que levanta una voz rotunda contra el odioso tráfico de la ley, contra la corrupción de las cósumbres, de las instituciones y de los hombres. Detrás de él vendrá Gonzales Prada, pero la legitimidad de su gesto, la sinceridad de sus convicciones no pueden negárselas los que, a través de un



Mariano José de Larra

prejuicio, ven en él un tráfuga o un colonial. Su aristocracia es aristocracia moral, no de blasones y pergaminos. Advierte, previendo la interpretación de sus palabras, que "los que no perciben más que los objetos que tienen por delante, y aún así no los perciben hasta que no se rompen con ellos las narices, me llamarán estafalarío". Algo más que estafalarío le han llamado, pero nunca los ideólogos fueron abatidos con motes o muletillas.

Pardo sabe, como lo sabía Larra cuando pedía "hombres nuevos para cosas nuevas", que lo que se necesitan son hombres: a propósito del carácter de su personaje Doña Escolástica dice que "casi lo mismo le sucede a Doña República —que sin ser tan feliz en la reforma de las cosas— ha sido igualmente desgraciada en la reforma de los hombres". Hombres, he

allí lo que necesita la patria. Sin embargo observa que "los individuos del género huamano —como los paisajes— tienen siempre un punto de vista que hace ventaja a los demás". Hay que conocer ese punto de vista para orientarlos, para que no se les aplique en las funciones en que van a ser inútiles o incapaces.

Tales ideas en un sólo artículo nos ilustra lo suficiente como para conocer el pensamiento de este escritor nuestro. No nos referimos a otros —nos bastaría señalar "Un Viaje" en el que ha trazado la figura nostrisima del niño Goyito comparable a la de Don Cándido Buenafé u otra cualquiera de Figaro— porque no bastaría el estrecho espacio desponible. Bástenos anotar que en su poesía, —festiva, casi toda— como en su prosa, late ese mismo espíritu descontentadizo y acerado:

Si yo fuera Presidente,  
¡Bello el país estaría!  
¡Ah! ¡Cómo se elevaría  
Prontamente,  
Hasta un grado incomprensible  
De prosperidad y gloria!  
No afearan nuestra historia  
De la horrible  
Anarquía los tizones  
Que trastornan las naciones  
Y desgarran...  
—Otra cosa es con guitarra.

Si no es en esta en aquella Q. tra, letrilla titulada "El Hambre" en la que, en pentasílabos veloces, delineó una viva pintura de nuestra vida cívica.

Pardo es sólo un articulista, un satírico, que mezcla sabiamente broma y verdad.

Gonzales Prada levantará tras el desastre del 79, la voz de acusación y combate que como la palabra de Pardo, tampoco será escuchada. Más tarde Abelardo Gamarra revivirá el viejo empeño de estos apóstoles de remediar las enfermedades de la patria.

Larra y Pardo, por la contemporaneidad y por la lucha idénticas, son figuras gemelas, reflejos afines en tierras situadas en una admirable cercanía espiritual. Larra, mientras tanto, ha creado una generación de hombres que han amado, y aman, honda y plenamente a España. Nuestras figuras, en cambio, esperan aún que la juventud recoja sus palabras y las echan como buena simienta en los espíritus nuevos y nobles.



Felipe Pardo y Aliaga

(Oleo de Francisco Lazo)

ta y recordar el gesto altivo y sereno de Figaro.

¿No se hallan en las palabras siguientes los vicios eternos de nuestra sinécure burocrática, de nuestra política doméstica, leve pero seguramente trazados? Para dar a entender, claramente, cómo era aquella mañana vaporosa y tibia de "El Paseo de Amancaes" escribe: "Oficinistas!: la mañana del expediente era como ciertos informes, en que decía y no decía, en que queréis atender a la vez —al empeño del amigo y a la ley, que se quiere infringir— a los deseos del gobierno y a las impertinencias del pretendiente. ¡Leguleyos!: la mañana sujeto de materia era como muchas causas, en que es preciso para salir del pantano, mandar los autos, para mejor proveer, al defensor de menores, o a cualquiera otra de las aduanas forénces. ¡Políticos!: la

otros somos sub-prefectos y hacemos gemir una provincia, bajo la más horrible tiranía, que es la tiranía de los subalternos. Somos jueces, y con un "vistos" (que no son "vistos" sino "oidos", porque quien los ve es el relator), dejamos por puertas a una viuda honrada, y despachamos a un infeliz a lotro mundo, porque así se le antojó a las majestades de Alfonso o de Felipe. Somos abogados, y sembramos la discordia en las familias, y acabamos con el pobre idioma castellano que, de todos los Godos perseguidos, es el que más larga y más encarnizada persecución ha sufrido en nuestras gresecas revolucionarias. Somos representantes del Pueblo, y sacrificamos los intereses de su Majestad Popular a nuestro bolsillo, a nuestro vientre, a nuestra pasión". Por estas últimas palabras nos podemos convencer de que Par-